

IX.

LO MÁS AMARGO DE LA COPA.

¿Cuál era la cruel historia cuya simple mención angustiaba tanto á Julia y le hacía casi perder el sentido? Reducíase á un accidente vulgar y cotidiano. Ella propia, después de otorgar algo á la debilidad femenina, sintió vergüenza y remordimiento por confesarse tan sensible, á causa de un contratiempo de amor. Sobreponiéndose pronto á la pena, prosiguió su relato.—Aquel joven, dijo, que mis padres admitieron en nuestra casa, y del que habíamos acogido tan bien sus primeras gestiones, me ahogaba con protestas amorosas. Apenas podía decirme alguna cosa por lo bajo, estaba

cierta de oír que me hacía para siempre árbitra de su corazón, que fuera de mi lado no gustaba una gota de felicidad, y que sin mí la tierra era un sepulcro para él. Me gustaba un poco que me creyesen poética ó romántica, y luego ¡es tan dulce creerse querida! ¡Además, era la vez primera que un rayo de amor me lisonjeaba! Hacía un rato la incrédula, y tomaba luego sus frases por oro de ley. Ahora bien: ¿lo creerías? En la noche misma en que conoció la ciudad nuestra desgracia, viósele derretirse en un salón y galantear á otra, con los mismos extremos y con los mismos melindres exagerados que me mostrara en el día precedente... Un abandono tan rápido y cruel de una empobrecida tiene su propio veneno, ¿no es verdad? Porque, observadlo; no soy tan niña que no comprenda que ciento veinte mil liras de dote, desvanecidas en un momento, dan motivo para diferir ó poner término á una negociación de esta clase. ¿Pero necesitábase tanto para demostrar alguna educación, alejándose de nosotros con muestras de pesar, y actos de cortesía? Pues no, sin decir adiós siquiera. ¡En la misma noche acumulado había ya para mí tanto tesoro de desprecio y tanto amor para la otra! Con-

fieso, con todo, que en la humillación gusté alguna felicidad por verme libre, fuera como fuera, de las garras de aquel mal. . . . de aquel miserable: compadecí á la otra.

—Ya ves, contestó mistress Needle con un suspiro de conmiseración, que no todo mal viene para dañar. Te hubieras encadenado á un corazón ruin. . . ¡He padecido yo tanto también!

—¿También vos, señora?

—Sí: también he pasado días acerbos; mas no por este linaje de cosas. La compasión desde aquel tiempo ha venido á ser para mí una necesidad más que una virtud. Hazme, por lo tanto, el favor de hablarme absolutamente como si fuera tu madre: tengo veinte años más que tú; deja completamente aparte las señorías, y trátame de *vos*, según vuestra costumbre. Ya ves cómo te llamo de *tú*, como á mis hijos.

—¡Cuánto me place, madre mía! Pero que nada os escandalicen mis debilidades. He depuesto, sin duda, el odio; diré mejor que no he odiado: pero he padecido, padecido dolores de agonía.

—Lo comprendo: tú no sabrías odiar.

—Si pudiese odiar hubiera odiado á los autores de nuestros males, el día en que salimos de nuestro palacio. ¡Qué momentos de

profundo dolor! Mi padre, después de haberme participado la venta poco antes consumada, reunió á la familia. “Tengo una noticia mala que dar, dijo á mi madre y á todos. Se ha salvado el honor, pero todo lo demás se ha perdido. Repito que todo: no penseis que conservo algo. En la semana entrante dejaremos esta casa, que ya no es nuestra.” “¿Pero cómo?” preguntó consternada mi madre. “Calla: tú tienes la culpa,” repuso mi padre con una severidad que no había descubierto nunca en su rostro. Ya ni mi madre se atrevía á chistar. Se lloraba en un silencio de muerte. Al fin mi madrastra se animó preguntando tímidamente: “¿Y las fincas rústicas?” “Vendidas.” “¿Qué nos queda, pues?” “La miseria profunda, dijo mi padre, y además un puñado de obligaciones de amigos, á los cuales, por mi buena ventura, encuentro que presté algunos miles de ducados, y una pequeña parte de tu dote. Cuando hayamos encontrado las obligaciones, echaremos cuentas. Entre tanto, vislumbro que nos quedará en limpio lo bastante sólo para comer pan moreno y beber agua. Nos retiraremos á la casita de Julia.” Hizo mi madre observar que no contenía puesto para todos. “Convendrá en-

contrarlo, respondió mi padre, ó dormir á la intemperie." Os dejo considerar las ansias, la vergüenza y las angustias del cambio brusco. ¡Saber que nuestros muebles mejores se vendían en pública subasta por un pedazo de pan, y que nosotros, despojados, habíamos de meternos en cuatro reducidas estancias!

—¿Cuatro no más?

—¿Que quereis? No es una torre, sino una casita de recreo que tiene á su alrededor calles de laureles y de adelfas, así como algunos limoneros: en suma, una delicia, que recibe su valor del sitio y de la vista, pero nada más. Faltábanos allí lo necesario, porque, fuera de mis cosillas, que mi curador no dejó vender, todo lo restante se consagraba inexorablemente á la extinción de las deudas. Miramos á nuestro alrededor: no había medio de arreglarnos en aquel chiribitil. La primera noche dormimos sobre las sillas, y en el suelo sobre sacos, después de cenar pan y fruta. Al día siguiente, viendo la desesperada melancolía de todos, encomendéme á Dios, cobré aliento, y me propuse acomodarnos de algún modo menos indecente. De los dos desvanes se dispuso el mejor para mi padre y mi madrastra; en

el otro se colocó un mal catre para mi hermanita y para mí; para mi hermano se puso una cama volante en el cuarto donde se guisaba y se comía; di apariencias de salón de visitas al recibimiento, y quedó arreglado el hermoso nido de ratones.

—¿Y qué decía tu madrastra?

—¿Mi madrastra? No aprobaba, ni desaprobaba y no cogía la menor cosa con las manos; veía como nos fatigábamos extraordinariamente llevando allá ó aquí aquel mueble, arreglando, puliendo ó quitando el polvo de alguna cosa, y callaba como una estatua de mármol. Mi padre, no; cuando á casa volvía, nos ayudaba el pobre, y á veces nos decía: "¡Valor, hijos! Vuestro padre habrá sido un loco, pero no un bribón." A veces repetía el adagio: "Quien es causa de su mal, llore sobre sí mismo; mas á lo menos ninguno me podrá echar en cara que le adeudo." En la mesa: "Es un triste desayuno el nuestro, mas es nuestro." Mi madre, cuando vió que había vuelto el orden á la casa, que no faltaba limpieza por más que faltase lujo, y que los quehaceres domésticos quedaban arreglados, pareció que poco á poco volvía en sí, cual si saliese de una larga enfermedad

mental. Al cabo de un mes nos habíamos conformado casi del todo con aquellas angustias. A una cosa no sabíamos, empero, acomodarnos; á recibir visitas. Aunque raras veces, venían algunos parientes cercanos, benévolos é íntimos, y sin embargo al oír que sonaba la campanilla en el cancel del chiribitil, mi madre daba un grito: “¡Pobres de nosotros! Una visita.” Sentía yo subírseme la sangre á la cabeza.

Cuando Dios quiso, liquidó mi padre las cuentas, estableciendo por punto capital que no podía ni quería contraer deudas, y manifestando en su virtud que el gasto no podía pasar diariamente de dos francos, ó poco más. ¡Figuraos! ¡El jornal de un mozo de cuadra! Y éramos cinco. Son miserias más fáciles de padecer que de sufrir: cien veces al día se nota la falta de lo preciso. ¡Si á lo menos mi madre hubiese sabido tomar su cruz con tranquilidad! Pero no; algunos días poníase triste y se irritaba mucho, surgiendo escenas que preciso era ver. En aquellos instantes de humor negro se lamentaba de todos y de todo, llegando á decirme que no sentía las penas de los demás, por haber salvado la dote, que dominaba demasiado y que tenía orgullo muchísimo, á fin de que supiera mi

hermana que sería yo más adelante una señora de distinción, y que haría ella de la vandera. Alcanzaba bien yo que la hipocondría era la causa de sus frases, mayormente porque otras veces me alababa y agradecía mis servicios: con todo, estas injusticias concluyen por hacer insoportable la vida.

—¡Pobre Julia! dijo mistress Needle, inclinándose á ella y tocando su espalda.

—¡Cuán cierto es que nosotros mismos nos disponemos las cruces más pesadas! Si el Señor nos las envía de paja, las hacemos de madera; si nos las envía de madera, les añadimos clavos. Consideradlo, mistress Ana; si en el escondrijo de aquella casa hubiéramos sabido nosotros decir una vez sinceramente: “Hágase tu voluntad,” y hubiéramos formado después todos un corazón, á fin de ayudarnos el uno al otro, y fortalecernos recíprocamente, hubiéramos padecido diez veces menos y ganado diez veces más; hasta hubiéramos reído de cuando en cuando, por hacer aquellas cosas que jamás habíamos hecho. En alguna ocasión me sentía dispuesta yo á la broma; pero aquel estar de todos los días entre el yunque y el martillo, aquel ver y oír desde por la mañana hasta por la noche ayes y más ayes, quejas y más

quejas, reproches y más reproches eternos ¡ah, mistress Ana! es preciso haberse hallado para comprenderlo un poco.

—¿Y no intervenía tu padre para poner paz?

—¡Intervenir! ¿Contra quién? ¿Contra la hipocondría? ¿Contra el mal de nervios? Mi madrastra no era ruin en el fondo; pasado algún tiempo, se tranquilizaba. Mi padre, cuando la veía salir de sus casillas, se desahogaba sólo con nuestro dicho napolitano: ¡Oh! Está hecho. Apercíbime yo desde los primeros días de que lo mejor para mí y para todos era irme de allá, donde servía de pretexto para las cuestiones: no me atrevía sin embargo, á decir una palabra, por conocer la delicadeza de mi padre. Hablar de ir á casa de otro era lo mismo que darle una puñalada en el corazón.

—Esto le honra, dijo mistress Needle.

—Lo comprendo; mas, en fin, me parece que todos los cuarteles de nobleza deben ceder á la necesidad. Durante algunas semanas acaricié dicho pensamiento. ¿Sabéis lo que me resolvió? No lo adivinaríais nunca. Fuimos á pasear una noche por dentro de Nápoles (después de dos meses que la vergüenza nos tenía tapados en casa;) y no

puedo deciros la impresión que me causó Nápoles después de aquellas semanas de soledad. A la vista de las muchedumbres briosas y ondeantes por las calles, de las tiendas resplandecientes por los géneros, de las modas, y de los objetos de lujo, volaba mi mente á los espectáculos y las reuniones de nuestro antiguo albergue; oprimirse sentía el corazón, volviendo á pensar que mi hermano y mi hermana crecerían en la soledad, sin comunicarse con el mundo y sin poder instruirse. ¡Pobres plantitas, decíame á mí propia, á las cuales no llega un rayo de sol! Secaránse desde su principio, y serán estériles para toda la vida. ¡Si á lo ménos pudiese yo dedicarme á su instrucción! Mas ¿era posible plantar escuela en casa, cuando mi madre no sufría que diese una orden? ¿Cómo habia de permitir que dispusiera un sistema de estudio? Es preciso que yo parta, dije luego: lo que se ahorre si me voy, servirá para vestirles y mandarles á cualquier escuela de los alrededores. En suma, entónces os escribí, y ya sabéis lo demás.—

Mistress Needle habia escuchado esta horrible y compasiva historia, admirando cada vez más la virtud de Julia, y diciendo en su interior:—No es, por consecuen-

cia, tan pobre como dice; se ha despojado de lo suyo para socorrer á su familia. En realidad continúa en posesión de lo que heredára de su madre, y pudiera excluir á todos. Demandó una explicación:—¿Pero no se opuso tu curador á que dejaras en poder de los parientes tu casa de recreo, que hubieras podido reivindicar para tí sola?

—¡Dios le libre! Le hubiera sacado los ojos, caso de hacerme semejante proposición. Lo importante sin duda es que mi familia pueda disfrutar aquellos residuos de nuestra fortuna. Mi padre ha convenido en pagar el alquiler á mi tío y curador, el cual me pasará en su virtud una pensión en familia, bien entendido que, si Dios me da vida, tendré que nivelar las cuentas cuando llegue á la mayor edad, escribiendo el saldo de todo lo no recibido. ¿Qué os parece? ¿Podría obrar yo de otra manera? Mientras fuimos poderosos, mi padre me hizo vivir como una reina, proporcionándome todo lo que pedía ó demandaba; considerad que habré tenido hasta diez profesores.

—Por fortuna dijo mistress Ana, no tuviste otros caprichos.—

Julia estaba no poco rendida, las ardien-

tes y largas conversaciones, despertando los varios dolorosos incidentes de más de medio año de tempestades, habíanla fatigado. La plática comenzó á ceder, dejando á mistress Ana toda comodidad para sus reflexiones, ora encomiásticas, ora benignas, ora cariñosas, y sobre todo bíblicas, que eran las más frecuentes en ella por su costumbre de sermonear en casa. Se había comido y hablado de varias cosas, y comenzaba mistress Needle su discurso, escuchando sus hijas con paciencia. De pronto Clara levantó tímidamente un dedito, indicando Julia á su madre. Después de cerrar la joven sus ojos, iba inclinando su cabeza con ciertas oscilaciones, cada vez más largas, y de cuando en cuando contenidas. La señora indicó á sus hijas que se retirasen sin hacer ruido ni decir una palabra, y se quedó contemplando á la durmiente con fijeza.—¡Pobre hija! exclamaba en su corazón la protestante. ¡Cuántos dolores ha sufrido y cuán tristes vicisitudes ha pasado en su tierna edad! ¡Qué buena y generosa con los suyos! ¡Se ha despojado de su haber para dejarles acomodados en su casa y en su finca! ¡Entre tanto se quiere ganar su pan haciendo de camarera ó prestando cualquier otro

servicio, olvidándose de que nació rica y noble, por sus cuatro costados...!Me corresponde pensar en ella: le dispondré condiciones tan ventajosas como sea posible. Para mí es una linda ganancia tenerla conmigo, y poder cambiar cuatro palabras con una señorita de tan esmerada educación... Es encantadora y no causa nunca: su hablar parece la música de un canario... ¡Ah, si pudiese á fuerza de cariño infundir en su corazón algún afecto á mis opiniones religiosas! No necesitaría más, pudiéndole confiar mis hijas y dormir con la mayor quietud.

Mientras mistress Needle así discurría sobre la blonda cabeza que se le inclinaba delante, Julia despertó un poco, y al verse sola con la señora, comprendió lo que había sucedido.—Perdonadme, dijo incontinenti; he pasado dos noches en blanco, y el sueño me ha vencido.—Mistress Needle la condujo á su habitación, y al darle las buenas noches, vió, no sin un sentimiento de penosa inquietud, que cerca del lecho había colocado ya Julia un hermoso Crucifijo de marfil y una imagen de la Virgen de los Dolores.

X.

ESCRUPULOS Y PREPARATIVOS DE GUERRA

No está ninguno tan distante de sospechar como un alma recta é inocente. Habiéndose abandonado Julia en los brazos de su compasiva bienhechora, no dudaba un punto de que dentro de algunos dias recibiría orden para disponer algo relativo á la enseñanza de sus hijas. Esperando así, acariciaba el dulce sueño de procurar difundir la semilla de la verdadera religión en aquella casa. Compelíala irresistiblemente á ello su propia piedad, y más aún su gratitud. ¿Qué podía ofrecer en cambio del bien recibido, fuera del rayo vivificador de la verdad celestial? Pero le asusta-